

conquistador no hubiese podido aprovecharse de las vías de comunicación que conectaban las dilatadas comarcas del imperio, y servían admirablemente para el régimen administrativo, para el comercio de los indígenas y para sus excursiones y conquistas militares. Más adelante, hallaremos ocasión de observar cómo el sistema de comunicaciones entre los aztecas y los pueblos que les estaban subyugados, sirvió, por modo maravilloso, para que Cortés pudiera movilizar sus fuerzas con toda la rapidez que exigían las circunstancias, así como también para que se le facilitaran los medios de ponerse en comunicación con sus valientes y disciplinados capitanes, que estaban á muy larga distancia de la Capital de la monarquía, y que merced al sistema de correos y de rutas que habían implantado los mexicanos, pudieron, más de una vez, concentrar fuerzas, víveres y municiones en diversos puntos marcados hábilmente por el conquistador, que de este modo movía y disponía sus hombres con la precisa táctica y la asombrosa rapidez que pudiera hacerlo un militar de los tiempos modernos. La civilización de los indígenas y su adelanto portentoso en materia de comunicaciones, facilitó, á maravilla, la realización de los planes y las enérgicas medidas dictadas por la sagacidad del conquistador.

Los acontecimientos que en seguida referiremos, bastarán para patentizarlo.

X

Que el monarca azteca se hallaba perfectamente informado de lo que se refería á los castellanos, y que recibió frecuentes y muy pormenorizadas relaciones de lo que éstos hacían y los caciques con quienes trataron desde su desembarque, lo demuestra la noticia que dan los historiadores acerca de la primera conferencia que Moctecuhzoma tuvo con Hernán Cortés, á raíz de la llegada del conquistador á la gran Tenochtitlán. Refiérese que el emperador de Anáhuac dijo al capitán «E pues estáis en vuestra naturaleza y en vuestra casa, holgad y descansad del trabajo del camino y guerras que habéis tenido, que muy bien sé todos los que se os han ofrecido de Pun-tunchan acá, e bien sé que los de Cempoal y Tlaxcalteca, vos han dicho muchos males de mí: no creáis más de lo que con vuestros ojos viéredes»

Cortés, desde que tomó posesión con sus capitanes del espléndido hospedaje que le mandó preparar el soberano, procuraba, por su parte, adquirir los más fieles informes de todo lo relativo al reino cuya capital le abrió las puertas, y con frecuencia recibía mensajes de los aliados que le suministraban noticias alar-

mantes acerca de los pérfidos intentos que abrigaban el monarca y los hombres de su nobleza, según la opinión de los enemigos de Moctecuhzoma.

Antes de la llegada de los castellanos á la capital de Anáhuac, Cuauhpopoca, jefe méxica de la guarnición de Nauhtla y Tochpam, exigió bastimentos y pidió tributos á los pueblos comarcanos; éstos presentaron su queja á Juan de Escalante, capitán que había quedado con el mando de Villa Rica, y Escalante envió sus mensajeros á los méxica para intimidarlos. Cuauhpopoca despreció el mandamiento, retando á los castellanos para el campo de batalla. Verificóse el encuentro, y la victoria costó cara al capitán español, que salió mal herido.

Huésped Cortés de Moctecuhzoma, y resuelta por él y sus capitanes la captura del monarca, es decir, el plagio más audaz é inconcebible que registra nuestra historia, vino á apresurar tan inaudita determinación el recibo de una carta de la Villa Rica, en que se participaba la muerte de Juan de Escalante. Sabido es cómo se realizó la atrevida empresa.

Cuarenta y seis días después de la entrada de los castellanos en México, pidió Cortés á Cacama que le diese algunos criados para acompañar á los españoles que mandaba á Texcoco. Fueron designados los príncipes acolhua Nezahualquentzin y Tetlahuehuizquintzin. Moctecuhzoma despachó un mensajero para decir á Nezahualquentzin que procurase tratar bien á los teules y darles cuanto dinero quisiesen. El co-

reco transmitió dicho mensaje á su señor, hablándole en voz baja y llamándole á un sitio apartado de los demás. Observado esto por el jefe de los peones, desconfió que aquello fuese una felonía, y sin más averiguaciones flageló cruelmente á Nezahualquentzin y le condujo á presencia de Cortés. Don Hernando no tenía temor en ejecutar sus desmanes; había plagiado al monarca; había aterrado á la nobleza con el terrible suplicio de Cuauhpopoca, su hijo y quince caballeros de la nobleza mexicana; así, pues, procesó á su manera al príncipe acolhua y ordenó que fuese ejecutado en el acto.

Antes de este crimen, que no asombra, contado entre los otros más horrendos, perpetrado por el conquistador, Cortés, instruido por los correos que le habían despachado de la Villa Rica, notificándole la conducta más que sospechosa de Alonso de Grado, envió á Gonzalo de Sandoval á la Villa Rica, con el carácter de Alguacil Mayor y dándole orden expresa de prender á Alonso de Grado y remitirle á la capital . . . Sandoval, según la expresión del Sr. Orozco y Berra, «salió útil administrador, valiente soldado, partidario fiel de su general . . .»

En ocasión oportuna habló Cortés al emperador prisionero, acerca de los dos propósitos que más solicitaban la atención de D. Hernando: averiguar dónde estaban las minas y lugares en que se recogía el oro, y buscar un puerto más abrigado y seguro que el de la Villa Rica; Moctecuhzoma suministró al capitán

castellano los necesarios informes, ofreciéndole guías para acompañar á los exploradores. Gonzalo de Ubría, el piloto, recorrió la Provincia de Zozolla en el Mixtecapan (Oaxaca), donde estudió los procedimientos para sacar el oro de las arenas de los ríos. El joven Pizarro exploró la Provincia de Chinantla (hoy en el Estado de Oaxaca). El cacique de esta provincia, Coaticamatl, permitió la entrada de los teules en su señorío, facilitóles el conocimiento de los ríos, extrajeron pepitas de oro, y cuando regresaron los castellanos, envió embajadores á Cortés pidiéndole protección contra las invasiones de los méxica. Otra comisión fué á Tochtepec, recorrió los dos ríos de arena de oro, y parte de aquella rica tierra donde, por orden de Moctecuhzoma, se construyó una estancia. Respecto al intento de Cortés de hallar un puerto conveniente en el Golfo, Moctecuhzoma le mostró, pintado en un paño, el plano de una parte de la costa, y esto motivó que Don Hernando designase, para llevar á cabo este reconocimiento, á Diego de Ordaz, quien marchó para la costa de Chachiuhuecan, con diez castellanos entre pilotos y marineros, y además los mensajeros imperiales. Expedicionaron desde el puerto de San Juan, hoy Veracruz, hasta el Coatzacoalcos, donde el señor de aquellas tierras, Tochtintecuhtli, recibió benévolamente á los blancos, les facilitó canoas, dió á Ordaz regalos y envió á Cortés mensajeros con joyas de oro, pieles de tigre, plumajes y piedras finas, para manifestarle sumisión, ofrecerle un tributo y pe-

dirle protección contra los culhuas. Cortés mandó nuevos exploradores con los mensajeros de Tochtintecuhtli, y después envió á Juan Velázquez de León con ciento cincuenta castellanos para poblar la orilla del Coatzacoalcos y construir allí una fortaleza.

Al mismo tiempo se mandaron mensajeros á la orilla del Pánuco, y éstos volvieron con un embajador del Huasteacan, quien trajo regalos y el testimonio de sumisión de su cacique. Recibió el embajador, en respuesta, alguna de las prendas que obsequiaron los castellanos, y esta buena relación que éstos trabaron con los de aquella provincia, sirvió á Cortés más tarde para que le diesen noticia (según dice el mismo conquistador en sus cartas) de la llegada de las nuevas naves de Francisco de Garay.

En tanto que se verificaban estos acontecimientos, comenzó á fermentar el disgusto contra los invasores. Cacamatzin, señor de Acolhuacán, se puso al frente del movimiento revolucionario contra los conquistadores. Invitó para esto á los señores de Coyoacán y Matlatzincó, parientes del emperador, al señor de Tlacópam y á Cuitlahuac, hermano de Moctecuhzoma y señor de Ixtapalapan. La noticia de estos preparativos llegó pronto á México; Moctecuhzoma le dió aviso á Cortés, quien ya era sabedor de ello. El monarca previno á Cacamatzin que cesara en sus aprestos y fuera amigo de los blancos; el acolhua negóse á ello; Don Hernando le mandó varios mensajeros para disuadirle; pero Cacamatzin contestó con

desprecio, y fué entonces cuando se decidió su prisión y la del señor de Tlacópam. Cuitlahuac, el señor de Coyoacán y varios nobles, fueron puestos *en la cadena gorda*.

Depuesto Cacamatzin del trono y nombrado rey de Acolhuacán, Cuicucatzin, Moctecuhzoma envió embajadores para avisar la elección.

El pusilánime emperador, prisionero de los teules, despojado de sus tesoros y afrentado en sus hijas, sólo recobró su brío al enterarse del desacato brutal cometido por *los barbudos* en los ídolos. Entonces pidió á Cortés que abandonase la capital con sus gentes y todo; pero el sagaz Don Hernando contestó: que habiendo dado al través con las naves, necesitaba construir navíos para embarcarse. Moctecuhzoma accedió á su propósito, facilitándole carpinteros que, con los de Cortés, se ocuparon en el corte de maderas y construcción de las embarcaciones.

Después de una semana transcurrida desde que los carpinteros salieron de México en compañía de los enviados de Cortés, llegaron á la costa algunos barcos españoles.

Los gobernadores de la costa dieron oportuno aviso á Moctecuhzoma del inesperado suceso. Numerosos correos partieron de las comarcas cercanas al golfo para notificar al monarca el arribo de los nuevos navíos. Los correos se repitieron con la acostumbrada actividad, y cuando se efectuó el desembarque de la gente que venía en las naves, los señores indíge-

nas hicieron pintar en un lienzo las embarcaciones, las personas, los caballos y cuantos detalles juzgaron necesarios; dicho lienzo fué enviado también por las postas al emperador. Cuenta Bernal Díaz que Moctecuhzoma le dijo en aquella ocasión estas palabras: «Señor Malinche, ahora en este punto me han llegado mensajeros, de cómo en el pueblo donde desembarcaste han venido diez y ocho navíos y muchas gentes y caballos, e todo nos lo traen pintado en unas mantas; y como me visitastes hoy dos veces, creí que me veniades a dar nuevas de ello, así que no habreis menester navios; porque vienen vuestros hermanos para que todos os vayáis á Castilla e no haya más palabras.»

Los barcos que llegaron á la costa de Veracruz eran los de la armada de Pánfilo de Narváez. Sería largo é impropio de este lugar referir con detalles todos los sucesos que dieron ocasión al envío de estos barcos. Muchas circunstancias determinaron esta expedición, organizada por Diego Velázquez ó á su costa, y entre ellas debe señalarse la partida de Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo á la península, quienes fueron á España mandados por Cortés con cartas de relación, instrucciones particulares y regalos para el rey. Los enviados llevaban orden de no tocar la isla fernandina; pero Montejo desobedeció, y la nao que llevaban, la capitana, atracó en el puerto de Marien, donde Montejo dejó una carta para Juan de Rojas, su compañero de estancia, y

despachó un marinero de la nave con cartas de aviso para el gobernador. Cuenta Bernal Díaz que este marinero atravesó por la posta la isla, publicando por todas partes la llegada del barco y lo acaecido hasta entonces á Cortés. Cuando Velázquez tuvo aquellas nuevas aprestó dos embarcaciones de poco porte, al mando de Gabriel de Rojas y Gonzalo de Guzmán, para hacer presa de la nave de Montejo, pero dicha providencia fué inútil. La embarcación de los procuradores de Cortés, dirigida por Antonio de Alaminos, cambió la derrota y fué la primera nave que hizo el viaje por las islas de los Lucayos y el canal de Bahama.

Cuando llegó la nave á San Lúcar, el capellán de Diego Velázquez, Benito Martín, que estaba en Sevilla, presentó un memorial, en virtud del cual la nave fué secuestrada por orden de los Oficiales de la Contratación; se tomó cuanto iba en el navío y los Procuradores ocurrieron al rey á quien hallaron en su viaje de Barcelona á Tordesillas, en esta última población. Pasaron después á la Coruña, donde se embarcó Don Carlos, y allí les tomó declaración Don Lorenzo Galindez de Carbajal, del Consejo de sus altezas. Ya hablaremos en su oportunidad de este personaje que figura con papel principal en la historia del Correo de las Indias de Occidente.

Mientras los Procuradores proseguían en España sus gestiones que, según afirma un escritor contemporáneo, no dieron resultado alguno, Diego Velázquez,

á pesar de las instancias de la audiencia de Santo Domingo, organizó la flota de que había de componerse la nueva expedición y la puso al mando de Pánfilo de Narváez. Pueden consultarse para mayores detalles sobre los preparativos de la flota, y los antecedentes que motivaron el envío de ella, las cartas de Diego de Velázquez, Gonzalo de Guzmán y Pánfilo de Narváez, la carta de Velázquez en que relaciona la desobediencia de Don Hernando Cortés, la del mismo Velázquez al Lic. Figueroa, la carta de Miguel de Pasamonte, las dos que escribió á S. M. el Lic. Ayllon, la carta escrita al Rey por los oidores de la audiencia de la Española, el parecer que rindió el Lic. Ayllon en la isla Fernandina y los demás documentos que cita el Sr. Orozco y Berra, al tratar sobre estos acontecimientos.

La armada puesta al mando de Narváez, se componía (como lo asienta el citado historiador), de 19 naos entre barcos y bergantines, mil cuatrocientos soldados, entre ellos, 80 de á caballo, 90 ballesteros, 70 escopeteros, 20 tiros de artillería, pólvora y municiones en abundancia y además mil indios de Cuba. Se dió á la vela pasado el 4 de Marzo, aportó á Cozumel y allí embarcó algunos castellanos que se hallaban perdidos; entró en el río Grijalva, donde tomó víveres y agua; fué batida después por una tormenta, en la que se perdieron 6 de las naves con 50 españoles y llegaron á San Juan de Ulúa á principios del mes de Abril.